

NECESITAMOS MAS MATRIMONIOS ESTABLES

Uno de los datos más alarmantes en nuestra querida nación, es que la tasa de Divorcios sobre matrimonios realizados en los últimos 30 años, de 1966 a 1996 se ha incrementado en un 45%. Si la familia es la base de nuestra sociedad y el matrimonio base de la familia, entonces estamos marchando en un proceso de deterioro social, a menos que se comiencen a construir matrimonios sobre bases más firmes.

En muchos casos las parejas entran al matrimonio creyendo que es algo de carácter temporal. La frase “hasta que la muerte nos separe”, es lamentablemente una simple formalidad verbal para la mayoría de los que la pronuncian. Cada vez más se interpreta como: “hasta que los desacuerdos nos separen”, “hasta que otros intereses nos separen” o bien “hasta que las deudas nos separen.”

Parecería que un espíritu de cobardía se ha apoderado de muchas parejas.

Durante los oscuros días de Inglaterra, a fines de la década de los 30 y comienzos de los 40, fue un hombre el que mantuvo unido al país. Mientras otras voces gritaban “¡Rindámonos!”, Sir Wiston Churchill se mantuvo firme. Las bombas destruían manzanas de edificios, las edificaciones se derrumbaban, los puentes se caían, pero el inquebrantable primer ministro rehusaba moverse. Ni una vez consideró la posibilidad de capitular, ni aun de negociar con los nazis. Actuaba según una regla muy simple en cuanto a enfrentar una guerra. En muchas ocasiones Churchill definió su filosofía en siete palabras: ¡Las guerras no se ganan con retirarse!. La capitulación no puede ser una opción para triunfar un una guerra... o en el matrimonio.

En cierta revista apareció un artículo que decía: “Terminé la relación porque él ya no llenaba mis necesidades”. “Si las necesidades no son satisfechas, sepárense”, fue el consejo dado, sin ofrecer ninguna alternativa...

Un matrimonio no se debe construir sobre las bases de llenar nuestras expectativas, sino más bien de un amor auténtico y duradero.

Robertson McQuilkin era presidente de la Universidad Cristiana de Columbia, estaba felizmente casado con su esposa Muriel. Su esposa adquirió la enfermedad de Alzheimer. Gradualmente fue perdiendo la memoria, no podía coordinar entre el decir sí o decir no, pero una frase si podía expresar era: “te amo”. Cuando su esposo consultó al médico del porqué ella recordaba con tanta claridad esta frase, el Doctor le contestó: “¡Tal amor!”, dijo simplemente. Hizo una pausa y continuó: “tengo la teoría de que las características que se desarrollan a través de los años salen a luz en tiempos como estos”.

Robertson tenía la opción de internarla en un hogar para ese tipo de enfermos o renunciar a la Universidad y cuidarla personalmente. Cuando llegó el momento de la decisión, “no tuve que pensarlo mucho” expresó.”Era un asunto de

integridad. ¿No le había prometido hacía 42 años atrás, “en enfermedad y en salud, hasta que la muerte nos separe?”. Dios llenó al Dr. Robertson con su presencia y le dio la capacidad de amar y cuidar de su esposa, hasta el fin de sus días.

No podemos hacer que nuestro matrimonio tenga estas bases sólidas si no cambiamos como personas. El ser humano es por naturaleza egoísta y está desprovisto de la capacidad de entregarse y amar en esta manera.

La palabra de Dios dice: “porque todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios”, al no alcanzar la Gloria de Dios”. Esta es la causa del porqué no logramos ser llenos de esa capacidad sobrenatural para amar aún en las circunstancias más adversas. Lo cierto es que el Señor dijo: “Pero separados de mí, nada podéis hacer.” El Amor auténtico se recibe de Dios y al estar alejados de El, nos vemos desprovistos del mismo.

Dios nos ofrece la solución a este problema que ha afectado a muchísimas parejas: “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”.

Necesitamos creer que Cristo ya murió por cada una de nuestras faltas y que: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.” (1ª. Juan 1:9) Confesar es aceptar nuestra culpa y expresársela sinceramente a nuestro Dios, suplicando su perdón.

Cuando nos hemos reconciliado con Dios, y aceptado a Jesucristo como nuestro Señor y Salvador, se cumple en nuestras vidas la siguiente escritura: “porque el Amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”.

El Amor de Dios manifestado en nuestras vidas no es una emoción pasajera, sino más bien la manifestación de esa gracia derramada por el Espíritu Santo que nos capacita a amar a nuestro cónyuge en la enfermedad y en la salud, en la riqueza y en la pobreza, es decir en toda circunstancia de la vida, hasta que muerte nos separe.

Si en nuestra nación hubiesen más matrimonios constituidos sobre las bases de un amor sacrificial y duradero, se detendría el proceso de desintegración familiar que estamos experimentando.

René Mejía Vides

www.cimientoestable.org